



hasta entonces; y sin embargo, con semejantes sacrificios no logró libertar al país de la invasión de los tártaros, y el kan de Crimea se adelantó hasta Lemberg, dejando desierta la comarca allende Dniester. Entre tanto, la discordia se encrudecía en lo interior, y las dietas seguían siendo muy borrascosas. Esto contribuía á que la guerra se hiciese en lo exterior con lentitud, y ya no fué posible recobrar á Kaminiék, cuya conquista había excitado á tomar las armas. Sobieski, educado con el mayor esmero, de índole excelente, leal en los tratados, caballeresco en la guerra, en su cortesía respecto de las mujeres, en su propiedad, en su lujo, y considerado algun tiempo como héroe, perdió parte de su crédito desde que se vió la marcha lenta de la guerra con los turcos.

Al fin llevó la economía hasta la mezquindad, y mostrándose rara vez en Varsovia, vagaba de provincia en provincia. Los males del país llenaron de amargura sus últimos momentos, y como se le pidiese que remediara la desgracia de alguno en su testamento, contestó: «¿Para qué? ¿No veis el vértigo que se ha apoderado de los polacos? ¿Qué desdichados son los reyes! Mientras vivimos, mandamos sin que se nos obedezca, y ¿nos obedecerían despues de muertos? Alabo á aquel que en vida ayuda á sus parientes y amigos; pero ¿quién sabe si lo que deja al morir pasará á sus herederos? ¿Qué ha sido de las disposiciones de mis predecesores? En una nacion donde el oro manda, el dinero es el que juzga.»

Las disputas para sucederle fueron un verdadero infierno: los ejércitos se confederaron

con objeto de reclamar sus pagas; la viuda de Sobieski intrigó y litigó contra sus propios hijos; los lituanos pretendieron que se les igualase en derechos á los polacos; en las dietas de eleccion se llegó hasta echar mano de las armas. El hijo de Sobieski, ofreció, si le nombraban rey, 5.000.000 de florines, y 100.000 al año para rescatar á los prisioneros de guerra. Federico Augusto, elector de Sajonia, que no vaciló en arriesgar los tranquilos goces de su hermoso país por el fausto tempestuoso de aquella córte, ofreció 10.000.000; teniendo á su disposicion un ejército de treinta mil hombres, ofreció que recobraría á Kaminiék, la Ucrania, la Valaquía, la Moldavia, la Podolia, y enviaria seiscientos combatientes pagados por él en cualquier ocasion que los pidiese la dieta. Luis XIII intrigaba con más actividad aún en favor del príncipe de Contí; y ya este había obtenido las tres cuartas partes de los votos, cuando le fueron arrebatados muchos á fuerza de dinero, y juntamente con él fué proclamado Federico Augusto, el cual, como más cercano, venció y se le ciñó la corona. El príncipe de Contí se presentó; pero creia encontrar un ejército dispuesto á apoyarle, al paso que los polacos esperaban que llevase millones; y convencidos de su reciproca ilusion, él se volvió á Francia y los polacos reconocieron por rey á Augusto. ¿Era posible que la autoridad real se sostuviese, cuando la libertad de la eleccion no era sino la de vender el voto?

¡Harto manifiesta estaba que los males de aquel país, que no debían curarse más que con la muerte!

CAPÍTULO XVIII

Rusia.—Los Romanof.

La superioridad en el Norte pasaba ya de las antiguas potencias á una nueva. Durante tres siglos Rusia había permanecido ajena á la política y á la actividad civil de Europa, ocupándose enteramente en reconstruir su nacionalidad, sustrayéndola del poder de los mogoles, y en consolidar la fuerza interior y la monarquía. Los grandes príncipes de Moscou, desde Juan I Kalila hasta Basilio III el Ciego, se habían dedicado á esta obra; pero sólo Juan III logró asegurar la existencia política de Moscovia. Kalila no obtuvo feliz éxito, sino como diestro servidor de los mogoles: Demetrio III Donski venció á Mamai-khan; pero vió su capital reducida á cenizas, y tuvo que humillarse ante Toktamisc. Su sucesor aspiró únicamente á conservar, no consiguiéndolo tampoco, y solicitó la benevolencia de los mogoles.

Su sobrino, incapaz de resistir á un puñado de tártaros, cayó en el envilecimiento. La Horda de Oro y la Lituania limitaban el pequeño horizonte de un imperio que se desconocía á sí mismo. Pero en el momento en que cambiaba la faz de Europa con el descubrimiento de la América, y que en la nueva política de la casa de Austria, conmoviendo la Hungría, la Bohemia y la Polonia, daba importancia política al Norte, Juan (Ivan) III, empleando alternativamente la fuerza y la astucia, atrevido y reservado, con un prudente sistema de guerra y de paz, uniéndose al Occidente, pero sin querer confundir aún su destino con

el de sus aliados, hábil en proporcionarse instrumentos para sus designios sin servir de instrumento á nadie, aseguró la independencia de la Rusia, emancipándola de un pueblo nómada; se hizo respetar desde Roma á Copenhague, desde Viena á Constantinopla, y marchó á la par con los emperadores y los sultanes.

Le sirvió de mucho haber ascendido al trono en el rigor de los veintinueve años, y haberlo ocupado cuarenta y tres. Ante todo era necesario reunir los diferentes señoríos bajo la ley de un solo jefe, el cual tuviese así bastante fuerza para libertarse de la dependencia extranjera, recobrar provincias perdidas y restablecer las fronteras en su pristino estado. Los grandes príncipes de Rusia, pagando á la Horda de Oro un tributo, se presentaban á pié al enviado del Capchak, le ofrecían un vaso de leche de yegua, y si se vertía una gota en la crin del caballo en que aquél estaba montado, debían lamerla. Juan se negó á esta humillacion; y cuando el kan Acmet le envió la orden con el gran sello exigiéndola, él pisoteó el diploma é hizo dar muerte á los embajadores, exceptuando á uno solo, para que llevase la noticia del Capchak. Acmet, incitado tambien por Casimiro IV de Polonia, invadió la Rusia; pero la gran duquesa María inspiró valor á su esposo; los sacerdotes excitaron el patriotismo del país; Acmet, detenido por el ejército ruso, se vió sorprendido en su retirada por los tártaros Nogais, pereció en la pelea, y la Horda de Oro quedó destruida. De este modo la Rusia, sin correr



quiera el peligro de una batalla, se encontró libre de los tártaros.

Independiente ya, Juan quiso ser autócrata. Novogorod conservaba el privilegio de tener jueces y administración propia, como también Pskov, á semejanza de las ciudades libres de Alemania, con un *posadnick* ó corregidor, magistrados populares y grandes asambleas (*voetches*), donde todos los ciudadanos se reunían al toque de la gran campana. Juan dijo: «Quiero reinar tanto en Novogorod como en Moscou; necesito dominios en vuestro territorio; renunciad al *posadnick* y á la campana;» y sometió aquella ciudad por las armas. Es cierto que le dejó el gobierno municipal; pero durante la paz adquirió partidarios, distribuyó arbitrariamente la justicia, y aprovechándose de toda clase de pretextos, acabó con aquella república; si bien le fué preciso usar de rigor para reprimir el espíritu de independencia, matando y trasladando á otros puntos mucha gente. Pskov, hermana menor de Novogorod, conservó alguna sombra de gobierno popular en una sumisión completa. Así, poco á poco se reunieron á la monarquía rusa la Gran Permia (1472), los principados de Tver, Vereia, Rostof, Yaroslaf (1485), la república de Viatka, el país de Arsk y de los Yugros (1489); y de consiguiente, Juan tomó el título de «autócrata de todas las Rusias.» Hemos hablado ya de las guerras que sostuvo con la Polonia para hacerse dueño de la Lituania.

En medio de las estepas de la alta Asia quedaban aún las hordas tártaras de Casan y de Astrakan, además de la de Siberia, que se presentaban tan pronto á orillas del Dnieper como del Kama, concertando sus movimientos con los Lituanos. Mengli-Gherai, kan de la Crimea, aliado del gran príncipe, destruyó enteramente la Horda de Oro; despues Juan conquistó el reino de Casan, que desde entonces recibió de la Rusia sus soberanos (1586).

También quiso Juan ser independiente en los asuntos religiosos. Aunque el metropolitano de Moscou tenía aún el poder espiritual, Juan dominaba en sus ídolos. Uno de éstos condenó la secta de los judaizantes, establecida en 1470 por Skaria, judío de Kief, que negaba la divi-

nidad de Cristo y la verdad del evangelio, proclamando que la única ley divina era la de Moisés, y que todavía no había venido el Mesías. Este puro judaísmo pareció una novedad y muchas personas lo abrazaron, hasta entre los grandes, señalándose por la pureza de sus costumbres; aumentóse su número de tal manera, que uno de ellos fué metropolitano de Moscovia, encontrándose así un judío á la cabeza del clero cristiano. Juan, que los había protegido, los condenó; pero no permitió que se les matase. Otro sínodo reformó la disciplina del clero, prohibiendo la simonía, corrigiendo los conventos, mandando que los sacerdotes viudos no celebrasen el sacrificio, que no se cantase en el coro sin traje talar, y que no se recaudase la cuarta parte de las rentas de la parroquia. Juan proyectaba asimismo quitar enteramente los bienes al clero; mas le disuadieron de ello aquellas palabras de San Vladimir, registradas en las leyes de Yaroslaf: «El que ocupe los bienes de la Iglesia y el diezmo de los obispos, aunque sea uno de mis hijos ó descendientes, será maldecido en este mundo y en el otro.» Esta maldición no asustó á la filósofa Catalina II, la cual, habiendo confiscado los bienes de la Iglesia, fijó honorarios al clero.

El cardenal Besarion, ocupado siempre en reunir las dos Iglesias, griega y latina, esperó facilitar este resultado sugiriendo á Juan III que se casara con María, hija de Tomás Paleólogo, refugiado en Roma. Los boyardos dijeron que el mismo Dios enviaba al gran príncipe tan dulce esposa, «vástago del árbol imperial que en otro tiempo cubrió con su sombra á todos los hermanos cristianos ortodoxos.» Moscou iba á convertirse, añadían, en otra Bizancio, y los grandes príncipes á adquirir los derechos de los emperadores griegos. Sofia, ó como la llamaban, María, aunque educada en Roma, siguió fielmente el rito griego: varios sábios, precisados á huir de la Grecia, fueron á buscar un asilo á la capital del nuevo imperio, adonde llevaron libros y el conocimiento del latín, lo cual fué un nuevo vínculo para la Rusia con las naciones europeas; Teodoro y Demetrio Lascaris, sobre todo, difundieron algun saber.



Habiéndose caído tres veces el nuevo Kremlin, recurrió Juan á artistas extranjeros, y llamó á Aristóteles Fiorabanti, de Bolonia, á quien se solicitaba entonces en Constantinopla, y que pidió 10 rublos al mes, ó sean dos libras de plata. La iglesia se construyó en cuatro años, y otros arquitectos, principalmente un milanés llamado Aloisio, fabricaron palacios de ladrillos. Pedro Solaro, hijo de Antonio, trabajó también en el Kremlin; el genoves Pablo Bossi fundió el rey de los cañones, *tzar pouchka*. Aristóteles mejoró el cuño de las monedas. Las minas de cobre y plata, descubiertas al otro lado del Peschora en 1491 por dos alemanes y dos rusos, fueron explotadas en el reinado de Juan. Se establecieron posadas donde los viajeros encontrasen caballos y alojamientos, y á muchas personas se les concedía el derecho de exigirlos gratuitamente, como entre los tártaros. Destruyendo el banco de las ciudades anseáticas en Novogorod, emancipó Juan también á sus súbditos de aquella tiranía mercantil.

Asignó feudos á los hijos de los boyardos, es decir, á los descendientes de los primeros conquistadores, con la condición de que en caso de guerra, suministrarían un número de hombres proporcionado; de esta manera adquirió un ejército y una nobleza nueva, sin las prerogativas políticas que había arrancado á los pequeños príncipes independientes. Según el código promulgado en 1497, el autócrata, juez supremo de los súbditos, delegaba la facultad de celebrar juicios á los boyardos y á sus hijos, poseedores de feudos; pero éstos no podían sentenciar definitivamente, sino asistidos de un anciano y de personas probas, elegidas por los ciudadanos; el autócrata podía derogar las decisiones contrarias á la justicia y á las leyes. Revélase aún la barbarie en aquella legislación, con penas exorbitantes; se conservaron el tormento y el duelo. Sin embargo, suavizóse la servidumbre, y ni la mujer ni los hijos de los que eran vendidos por autoridad pública, quedaron sujetos á la venta; aún más, se permitió á los siervos pasar de una aldea á otra, es decir, cambiar de dueño bajo ciertas condiciones.

Juan regularizó las relaciones con la Europa enviando embajadas al papa, al rey de Di-

namarca, que buscó su alianza contra la Suecia, y Matías Corvino, rey de Hungría, con quien desde entonces concertó una invasión en Polonia. Lisonjeóle el emperador Maximiliano I para contrariar al rey de Polonia Casimiro. Habiéndole pedido Alberto, marqués de Baden y sobrino de Maximiliano, la mano de una de sus hijas, se la negó, como si aquella unión fuese poco para el hermano de los emperadores de Oriente, los cuales se habían dignado ceder la ciudad de Roma á los papas, estableciéndose en Constantinopla. Rusia adquirió importancia á los ojos de Europa, y colocó en sus armas el águila de dos cabezas de los Paleólogos, juntamente con el San Jorge de Rusia, esperando Juan arrojar de Grecia á los turcos, como de la Moscovia á los tártaros. Los emperadores alemanes, que habían favorecido el engrandecimiento de Rusia, se asustaron entonces; y en 1518 Cárlos V escribía al gran maestre de los teutónicos: «No conviene que la Rusia llegue á ser tan poderosa; y se necesita que la Polonia se conserve entera para el equilibrio de Europa.»

Sin embargo, la Puerta se sobreponía aún á la Rusia, y Juan no podía hacer respetar á sus mercaderes establecidos en Azof y en Caffa. Escribía á Bayaceto II: «Los mercaderes rusos que han recorrido vuestro imperio para ejercer en él un tráfico ventajoso á ambos países, me han dirigido quejas sobre los malos tratamientos que han sufrido por parte de vuestros magistrados. El verano último, el bajá de Azof les hizo abrir fosos y llevar piedras para los edificios de la ciudad; se obliga á nuestros comerciantes de Azof y de Caffa á vender sus géneros á la mitad de su justo precio; si uno de ellos cae enfermo, se sellan sus efectos; si muere, los roban; si se cura, le devuelven la mitad: los testamentos no se ejecutan, y los magistrados turcos no reconocen más herederos que á sí mismos.» Tantas vejaciones, sobrellevadas sin declarar la guerra, indicaban que la Rusia se sentía inferior.

Sofia indujo á Juan á desheredar al hijo mayor de su primer matrimonio y á dar muerte al otro en un arrebato de cólera: de modo que tuvo por sucesor á Basilio IV, no ménos valeroso,



astuto y firme que él, y que se dedicó á reunir las provincias, á humillar á los pueblos vecinos y á consolidar la monarquía. Pero recordemos que se trata aún de un país medio bárbaro, donde se combate con extremada ferocidad, donde no se disfrazan las perfidias, donde no existe más derecho internacional que el del más fuerte. El czar, era un déspota asiático, árbitro de la ley y de la justicia, y que si hacia algun bien, era por efecto de su bondad particular; los boyardos le obedecian como hombres desprovistos de voluntad, con admiracion de los latinos y los alemanes. Basilio encerró en una prision, para darle allí muerte, á su sobrino Demetrio, que podia disputarle el trono como hijo de su hermano mayor; sometió á sus leyes á Pskov, quitándole todo resto de independencia, llevándose la campana cuyo toque habia reunido durante muchos siglos al consejo, y trasladando á lo interior trescientas familias principales; lo mismo ejecutó con el principado de Raisan y la Siberia. Igual suerte habria cabido á Kief sin la guerra que tuvo que emprender contra Cazan y la Crimea. El kan de esta última comarca invadió y puso en grande apuro á la Rusia, la cual se sujetó á pagar un tributo, si bien recobró pronto su primera supremacia. Las correrías de los tártaros costaban de cuando en cuando centenares de hombres á la Rusia. Habiendo la Crimea favorecido á los polacos, Basilio invadió la Lituania, y despues de sitiar tres veces á Smolensko, consiguió apoderarse de ella; mas el valor de Constantino Ostrowski, héroe de la Polonia, suspendió sus triunfos.

Su hijo Juan IV le sucedió, de edad de cuatro años; y su madre Elena, hija del héroe lituano Glinski, aceptó su tutela, á diferencia de las demas emperatrices, que en cuanto morian sus maridos se encerraban en los monasterios. Incapaz, voluptuosa, y en su consecuencia aborrecida, se desembarazó de las personas que podian causarle recelos, y habria excitado sublevaciones, si no hubiese muerto ó sido asesinada. Estallaron entonces nuevas venganzas entre los que la reemplazaron, y hubo terribles luchas para dominar con el título de regente: entre tanto, Juan crecia sin ningun freno, tenaz, ro-

deado de aduladores, en medio de diversiones obscenas é implacables. Convirtiéndose luego en terror del país, desde que empuñó las riendas del gobierno dejó á los Glinski ejercer la tiranía y el tráfico más inmoral. Pero habiendo estallado un espantoso incendio en Moscou, el pueblo echó la culpa á aquellos á quienes odiaba, y degolló ó persiguió á los Glinski como hechiceros. Silvestre, sacerdote de gran piedad, se presentó á Juan, y le leyó el pacto que Dios habia celebrado en otro tiempo con el rey de Israel, preguntándole cómo lo habia cumplido; Juan, afectado hasta el punto de derramar lágrimas, prometió corregirse.

Convocó, pues, á los notables en Moscou, y arrepintiéndose de lo pasado, anunció un perdón general y se rodeó de personas honradas. Hizo revisar el código que Juan III habia dejado imperfecto, lo que produjo la abolicion del duelo judicial, *sudebnik*; el testimonio de cinco ó seis individuos poco conocidos, no bastó ya para la condena, pero sí la palabra de un boyardo ó de un empleado; si alguno de mala reputacion era acusado de robo, debia aplicársele el tormento para que confesase; mas en gozando de buena fama, se le sometia al procedimiento ordinario. El primer robo se castigaba con el knut, el segundo con la muerte, como el asesinato, la calumnia, el sacrilegio, el crimen de lesa majestad y el turbar la tranquilidad pública recorriendo el país en partidas. Si un particular vendia sus bienes patrimoniales, los parientes que no habian intervenido en el contrato podian rescatarlos en el plazo de cuarenta años. Los que nacian libres, permanecian tales, aunque sus padres se vendiesen; los deudores no podian ser reducidos á la esclavitud. Las multas por injurias, variaban segun la calidad del ofendido. Los cristianos que á pesar de su juramento se sustrajesen del cautiverio, eran castigados, en atencion á que vale más morir que cometer pecado mortal.

Concedió á sus súbditos algunos derechos políticos, é instituyó en cada ciudad un consejo de ancianos para asistir á los gobernadores en los procesos. Abrió escuelas y una imprenta en Moscou, é hizo que el sajón Schilt atrajese al



país artistas, médicos y operarios alemanes. Obligó á los obispos á que reformasen la iglesia, las costumbres del clero y la liturgia, aboliendo ciertos ritos extraños que atestiguaban la barbarie, como el de poner sobre el altar cerveza, hidromiel, pan, y la primera camisa del recién nacido; el pasar la noche de Navidad bebiendo y bailando, ó la de Pentecostés ahullando y llorando en los cementerios, ó el Jueves Santo quemando paja y evocando á los difuntos. Prohibió tambien que se bañasen juntos hombres y mujeres, frailes y monjas; y en fin, el uso de afeitarse, «infamia que no puede expiar la sangre del martirio, pues el que se afeita su barba obra contra Dios, que creó al hombre á su imagen.» Permitió que se hiciesen las imágenes de las iglesias á voluntad, pero copiándolas de antiguos cuadros bizantinos, pintores que el czar juzgase dignos de tal trabajo en vista de la pureza de sus costumbres, y que serian remunerados por la estimacion pública.

Estaba vedado á los obispos y conventos adquirir bienes raíces sin expresa autorizacion. Era origen de interminables disputas en los ejércitos una antigua costumbre, en virtud de la cual los grados no se determinaban segun los años de servicio, sino segun la gloria de los antecesores. Un oficial cuyo padre hubiese sido general en jefe ó de division, no habria servido nunca á las órdenes de otro, descendiente de un general de vanguardia. Juan quiso que no se tuviese consideracion al lustre más que en favor de los generales de vanguardia y retaguardia, los cuales no debian estar subordinados sino á un jefe de igual grado; pero los generales de las alas debian obedecer á los jefes que se les designasen, sin consideracion á la antigüedad. Sustituyó á la milicia feudal, que no se servian más que del arco, los Strelitz, armados de fusiles.

A diferencia de los cosacos del Dnieper, con los cuales tuvieron de comun tan sólo el nombre, por la semejanza en el modo de vivir, los cosacos del Don descendian de desertores rusos, que, habiéndose establecido en la confluencia de este rio con el Volga, atacaban las caravanas que se dirigian á Azof, y se llamaban cher-

cask, quizá porque sus primeras mujeres eran de la Circasia.

Encerrados entre los musulmanes y los cristianos, prefirieron entregarse á los rusos, y Juan IV los constituyó en una especie de república, con derecho de elegir sus hetmanes, prometiéndoles distribuciones anuales de granos y un ligero subsidio cuando fuesen llamados á entrar en campaña. Bastante le sirvieron contra los tártaros de Cazan, que soportando con impaciencia el yugo de Juan III, se agitaban, levantaban la cabeza, é invadian feroces el territorio ruso. Juan IV les hizo varias veces la guerra, hasta que, consiguiendo apoderarse de Cazan, puso fin á aquel reino; en memoria de ello, se erigió en Moscou la iglesia de la Virgen del Socorro, con nueve cúpulas, y Juan fué saludado como el salvador de la cristiandad. Al poco tiempo atacó á Astrakan, y despues de una leve resistencia, ocupó aquellos Estados; tambien destruyó enteramente al kan de Crimea.

Para enseñorearse de la Livonia, declaró la guerra á la orden de los Portaespadas. El rey de Dinamarca se interpuso, y envió al czar embajadas y regalos, entre éstos un reloj que indicaba el curso de los astros; pero Juan se lo devolvió, diciendole que era cristiano y no tenia nada que ver con los planetas. Los caballeros Portaespadas pusieron la Livonia bajo la dependencia de Segismundo Augusto de Polonia; en su consecuencia, el czar entró en Lituania, y hubo alternativas de triunfos y reveses, hasta que Juan, por la debilidad en que se encontraban la Polonia y la Suecia, se apoderó de la Livonia.

La muerte de su esposa, una grave enfermedad y las intrigas urdidas en el tiempo que duró ésta para invertir el orden de sucesion, alteraron el juicio del czar, el cual recayó en aquella brutalidad que debia á la educacion, sin dejar de ser muy devoto. Veia en todas partes conjuraciones, y creia en la conveniencia de cerrar el corazon á toda piedad; de suerte, que los más indulgentes trataron de disminuir el odio que inspiraba, atribuyendo sus furores á demencia. ¡Desgracia inmensa de los pueblos, cuya vida puede verse á merced de